



DE CÓMO RUTSÍ SALIÓ DE LA SELVA

Carlota Carvallo



—¡QUIERO ser hombre! —añadió Rutsí—, para que Shambi pueda oír mi voz y para jugar con ella corriendo por el sendero que conduce a su cabaña. Y quiero ser hombre para saber lo que hay detrás de esta inmensidad verde y para ver a dónde alumbra el sol cuando desaparece tras de las altas copas de los árboles.

El Padre Río lo miró extrañado. En realidad, nunca había oído petición semejante de un geniecillo. Cuando lo pensó un poco más, montó en cólera y ordenó al pobre Rutsí que no volviera a incomodarlo con sus impertinencias. Esa noche el Padre Río se agitó turbulento entre su lecho, sin poder conciliar el sueño, y el pobre geniecillo se ocultó entre los platanares, sin tomar parte en las travesuras de sus alegres compañeros.

Pasado algún tiempo, Rutsí se había vuelto tan melancólico que el Padre Río estaba muy preocupado. Entonces lo mandó llamar y trató de disuadirlo con buenas maneras. Le mostró los inconvenientes que hallaría como hombre, lo difícil que sería su vida, acostumbrado como estaba a holgar todo el día libremente, sin conocer los trabajos y penalidades que agobian a los mortales. Pero Rutsí era un geniecillo testarudo y no quiso hacer caso de consejos. Entonces el Padre Río le prometió consultar a la *Runa-Mama*, vieja hechicera que vivía en una cueva solitaria arrancándole sus secretos a la naturaleza. Ella preguntaba al tibi, ave fatídica, que canta en las noches para anunciar las desgracias y al Chuyachaqui, diablo burlón de pies desiguales que se encarga de extraviar al caminante. Ella sabía preparar la pusanga y el *piri-piri*, bebedizos mágicos que utiliza la gente para hacerse querer, y el ayahuasca que hace ver el porvenir.

Ella tenía oídos sobrenaturales, abiertos para los ruidos más imperceptibles, y así oyó la llamada del Padre Río y acudió esa noche para platicar con él.

—Uno de mis geniecillos —dijo el venerable viejo—, el más alegre y travieso, desea convertirse en hombre... ¿Qué dices...? ¿Lo puedes hacer?

—¡Oh, buen Padre Río! —contestó la bruja después de saludarlo reverentemente—. ¡Tengo poderes maravillosos, es verdad, pero tú me pides demasiado! Yo podría convertir a ese pequeño y loco espíritu en serpiente o en ave, pero en hombre, ciertamente que no. Si aceptas mi consejo, le daremos, a modo de prueba un cuerpo de pájaro, un pájaro de

hermoso plumaje, y se sentirá muy feliz. También es posible que, cuando trate de remontarse sobre las copas de los árboles y se convenza de que es imposible atravesar la selva, porque es un mar verde sin fin, desee volver a ser un geniecillo del río, como lo ha sido siempre.

Rutsí oyó esa noche una llamada misteriosa. Era una lechuza que le enviaba la Runa-Mama para guiarlo a su cueva.

—¿Qué quieres? —le preguntó Rutsí.

—El buen Padre Río ha querido complacerte. Vas a convertirte en un ser de carne y hueso —le contestó la bruja.

Entraron a la cueva y los otros geniecillos que atisbaban curiosamente en los alrededores, oyeron roncadas palabras mágicas y estridentes chillidos.

De pronto rasgó el aire cálido de la noche el vuelo todavía inexperto de un *chirreclés*. Eso era Rutsí desde ese momento: un hermoso *chirreclés*.

Durmió temeroso, acurrucado en una rama, porque ahora debía guardarse de un sinfín de enemigos que antes no conociera. La vida es así en la selva. Unos seres viven a expensas de los otros, y hasta los vegetales se absorben entre ellos, en esa gigantesca lucha por la existencia. Las fuerzas encontradas de la naturaleza crean y destruyen al mismo tiempo, en un vértigo primitivo y salvaje.

Cuando empezaba a alborear, Rutsí despertó sobresaltado. No estaba muy contento de su transformación, pero se consoló pensando que ahora Shambi lo podría ver y escuchar. Para ella sería su canto más bello y el magnífico brillo de su plumaje. Y ya más alegre emprendió el vuelo hacia la choza del cacique, esperando encontrar a la pequeña Shambi.

Pronto la vio dirigirse al río en busca de agua. Rutsí trató de llamarle la atención volando de rama en rama cerca de la orilla, pero Shambi estaba esa mañana muy pensativa y no reparó en él.

Mientras tanto Uriangari, el hijo mayor del cacique, se entretenía en ensayar su puntería disparando su *pucuna*, rama hueca a través de la cual se soplan pequeñas saetas y en cuyo manejo son muy diestros los indios. Vio al pajarito y pensó que sería un buen blanco para probar su destreza. De pronto, Rutsí sintió un agudo dolor en el corazón y lanzando un lastimero quejido fue a caer desplomado a los pies de Shambi. Esta lo recogió compasiva y lo apretó contra su pecho, pero ya el pobre *chirreclés* estaba muerto.

Entonces Rutsí, el geniecillo, despojado de su cuerpo, volvió al lado de su Padre Río. Este lo recibió cariñosamente y le dijo:

—Ya no te vuelvas a ir, hijo mío. ¿No vives más feliz entre nosotros?

Pero Rutsí insistió en su deseo de ser hombre.

El Padre Río llamó nuevamente a la hechicera y le ofreció una recompensa si complacía esta vez a su pequeño Rutsí. La Runa-Mama pidió un tiempo de plazo, mientras consultaba a las aves misteriosas de la selva.

Y otra vez la lechuza llamó una noche al geniecillo y la bruja se encerró con él en la cueva, y los otros diminutos espíritus que atisbaban en los alrededores, oyeron un gran estrépito y luego apareció Rutsí completamente transformado.

La Runa-Mama estaba satisfecha. Todos sus conjuros y sortilegios, habían tenido felices resultados. Rutsí se había convertido en una especie de hombrecillo salvaje, con toda la apariencia de un muchacho. Tenía una cara muy linda y unos ojos muy vivos, la tez bronceada y el pelo negro como el alquitrán.

—Serás un hombre, como lo has querido —dijo la hechicera—, y como tal, estarás sujeto a las necesidades y trabajos de la gente. Tendrás inteligencia, pero además te he dado el don de entender el lenguaje de todos los seres. Tu corazón permanecerá sencillo y primitivo. Quiero saber si esto sirve para escudarte de la maldad de los hombres. Pero si algún día sufres, no te quejes de mí. Yo te he advertido que eres un espíritu loco y soñador...

“Y cuando al fin echas de menos la soledad de los bosques y deseas regresar a la Madre Naturaleza, nosotros te recibiremos contentos y entonces volverás a ser un espíritu del río como lo has sido siempre...”

Cuando la Runa-Mama terminó de hablar, Rutsí, agradecido, se despidió de ella.

Oculto entre un montón de hojas secas aguardó la llegada de la mañana. Cuando empezaba a filtrarse la luz por los claros del bosque, Rutsí se puso en camino. Quería buscar a la pequeña Shambi pero se hallaba desorientado.

Entonces vio un pajarito parado en una rama cercana y se atrevió a preguntarle:

—¿Sabes tú dónde vive la pequeña Shambi?

—¿Quién, quién? —dijo el pajarito.

—La niña más bella, más dulce que habita la selva...

—¿Quién, quién? —dijo nuevamente el pajarito.

—La que tiene el talle esbelto como el umiro y el rostro más lindo y fragante que la flor de la shía-shía... —Y al decir esto, Rutsí comparaba a Shambi con dos hermosas palmeras.

—¿Quién? ¿Quién? —repetía monótonamente el pajarito...

Rutsí, impaciente, le volvió la espalda. Olvidaba que la avecilla no tenía otro canto y por eso se le llamaba el *quién-quién*.

¡Qué difícil era para nuestro muchacho abrirse paso entre la maleza que le cerraba el camino! Había perdido su agilidad de geniecillo, que le permitía jugar sobre las ondas del río o entre las gotas de lluvia y cabalgar sobre el lomo de las mariposas o en los rayos del sol. Pero estaba tan contento y tenía tantos bríos, que no sentía la menor fatiga.

Anduvo así muchos días, preguntando a cuanta avecilla encontraba a su paso, pero las pequeñas aves se habían vuelto tan desatentas con él que ni siquiera se tomaban el trabajo de contestarle.

Vio también monos de infinitas clases. Los maquisapas eran los más simpáticos, con su pelaje negro brillante y su larga cola. Saltaban ágiles entre las ramas, riéndose de él y arrojándole cocos. Se preguntaban, seguramente, de dónde había salido ese pequeño ser tan ridículo. Una mona vieja insistió en que la acompañara hasta las ramas más altas de una inmensa *lupuna*. Rutsí trataba de complacerla, pero demoró un buen rato hasta llegar a la copa. Los traviosos monitos se balanceaban colgados de las lianas, mientras reían divertidos. Después le obsequiaron frutas y semillas, que él saboreó con placer. Cuando estuvo satisfecho se despidió de los maquisapas y continuó su camino.

De pronto se desató una furiosa tempestad; la lluvia caía como un diluvio. El huracán arrancaba de cuajo árboles enteros. Rutsí, completamente mojado y resbalando a cada instante, corría por la floresta. Así pasó toda la noche y al amanecer escuchó muy cercano el murmullo del río. Cuando llegó a la orilla vio con júbilo que frente a él, sobre una *barbacoa*, o armazón de troncos, se levantaba la cabaña del jefe indio, techada con hojas de *camona*. En la puerta se hallaba sentado Uriangari. Rutsí lo saludó, pero el muchacho miraba distraídamente hacia el río.

Poniendo las manos como una corneta, Rutsí le gritó aún más de cerca:

—¡Uriangari! ¡Uriangari!

El aludido se sorprendió al verle.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy tu amigo. ¿Dónde está tu hermanita, la pequeña Shambi...?

Se entristeció la cara del muchacho salvaje y repuso:

—Shambi ya no está aquí.

Y luego le contó cómo su padre había muerto en un combate con los hombres blancos y estos se habían llevado consigo a la pequeña Shambi, según decían, para que trabajara en los cafetales.

—¿Y hacia dónde fueron? —preguntó Rutsí muy afligido.

—Los vi alejarse remontando el río —dijo el muchacho, y luego añadió—: Búscala tú si lo deseas, pero yo no te acompaño. Prefiero quedarme con los hombres de mi tribu.

Y se ofreció a hacerle una pequeña embarcación en que Rutsí pudiera navegar. Cortó una rama de *águano* y estuvo trabajando todo el día.

Entre tanto, Rutsí quiso despedirse de su Padre Río. Llamó también a los geniecillos de la selva pero no los pudo ver. Oyó solamente sus voces y así supo que lo acompañarían durante su viaje. También oyó la voz grave del Padre Río que le decía:

—No te fíes de los hombres, mi pequeño Rutsí. No creas demasiado en sus palabras. Y recuerda que solo volverás a nosotros cuando ese cuerpo que te hemos dado haya perecido. Ahora, aquí tienes mi regalo.

Ante los ojos del asombrado Rutsí apareció un arco con tres flechas de plata.

Y el Padre Río añadió:

—Guárdalo, que te pude servir.

Al caer la tarde estuvo lista la pequeña canoa con un solo remo, donde Uriangari había puesto unas cuantas provisiones para el viaje. Le enseñó a manejarla y se despidió de él deseándole buena suerte en la travesía.

Y así fue como nuestro pequeño salió de la selva para encontrar al hombre y a la civilización...